

- Luna de Mazapán. Ángel Utrillas -

LUNA DE MAZAPÁN

- Luna de Mazapán. Ángel Utrillas -

- Luna de Mazapán. Ángel Utrillas -

Ángel Utrillas

LUNA DE MAZAPÁN



Bohodón Ediciones

Luna de mazapán

Primera edición: diciembre de 2019
© De la obra: Ángel Utrillas Novella

© Bohodón Ediciones™ S.L.
www.bohodon.es
Sector Oficinos N° 7
28760, Tres Cantos (Madrid)
e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 978-84-17885-44-1
ISBN-E-Book: 978-84-17885-45-8
Depósito legal: M-39784-2019

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- Luna de Mazapán. Ángel Utrillas -

- Luna de Mazapán. Ángel Utrillas -

INTRODUCCIÓN

Llovía torrencialmente.

Era un aguacero inmenso, como si de nuevo nos amenazara un diluvio universal. Hacía un día de perros, lo sé. Nadie me lo ha contado y sin embargo, yo lo sé y no sé por qué lo sé si no tenía todavía edad para saberlo y menos aún capacidad para recordarlo.

La tormenta era terrible. El cielo se resquebrajaba y vaciaba toda su furia regalando oscuridad y frío en dosis simétricas. El viento violento azotaba a la ciudad barriéndola con inusitada fuerza de tal modo que parecía que las paredes de las casas fueran a despedazarse. Los rayos eran lanzados por la mano omnipotente de un dios enfadado, ofendido y enfurecido que buscaba algún tipo de estólida venganza; los truenos implacables rompían los tímpanos y arrastraban ecos malditos provocando pavor y profundos escalofríos.

Pocos eran los lugareños que osaban arrostrar el incipiente peligro de tamaña tempestad y sin embargo, la comadrona valiente, desafiando al temporal, se llegó hasta la humilde morada de mis progenitores para ayudar a mi madre en el trance de aquel alumbramiento inoportuno.

Entró en la casa donde con ansiedad se la aguardaba, el escenario que se encontró era tétrico, por culpa de la tormenta

la luz hacía ya horas que faltaba en toda la comarca, la habitación estaba iluminada por unas velas que a parte de un aroma pestilente y nauseabundo, producían unas inquietantes sombras que se difuminaban en las paredes y muebles, en las tracerías y follajes del vetusto ropero y en las volutas y arabescos del arcaico bargueño. Más que la alegría de un alumbramiento, el escenario parecía la macabra residencia de la pálida dama.

Todavía no era el momento del parto, pero eso a mí, de naturaleza rebelde desde el mismo instante de mi concepción, no me importó. A media luz, la comadrona palpó el vientre sudoroso de la parturienta. La dilatación era propicia y nada obturaba el canal del parto, las aguas habían sido rotas y habían fluido por las piernas de mi madre, aguas ya libres al igual que las que caían torrencialmente en la calle y que rompían el asfalto con sus ponzoñosas embestidas.

—El bebé está aquí mismo, ya llega, viene de nalgas, pero llega —dijo la comadrona a mi madre—, empuja, ten valor, ayuda un poco y lo sacamos en cinco minutos.

Faltaban cinco minutos exactos para la medianoche y en cinco minutos exactos, en medio de una medianoche de diluvio universal, aparecí yo. Mi madre dio a luz y volvió la luz de repente, puesto que cesó la tormenta de improviso apenas llegué al mundo. Eran las doce en punto de la noche, de modo que no supimos con exactitud en qué día nací, si en el último suspiro del 21 de septiembre o ya en los inicios del 22, y en consecuencia tampoco nunca supe qué signo del zodíaco me amparaba, si era Virgo o Libra, si mi naturaleza era negativa o positiva, Mercurio o Venus, Astrea o Dice, si era verano o ya otoño, si era tierra o aire, en cualquier caso..., absolutamente nada que ver con la Luna, ni tampoco con el dulce almíbar de su mazapán.

No lloré, permanecí silente e inmóvil observando, y dicen las lenguas viperinas que fue ese un mal presagio, llegué al

mundo en silencio, con los ojos muy abiertos, sin derramar una lágrima y sin producir un solo ruido. Toda una serie completa de malos augurios más que adicionar a una larga lista de funestas profecías. Yo era un bebé amarillento y triste, arrugado y demacrado, silente y con una melena inusitada y negra, abundante y negra, sanguinolenta y negra... Estaba todo mi cuerpo envuelto en sangre pegajosa y flujos negros. Afortunadamente conmigo cesó la tormenta y vino la luz, pues de lo contrario, a la tenebrosa neblina de las velas, con su inquietante crepitar y su nauseabundo aroma, cualquiera de los presentes podría haber pensado que acababa de nacer el mismo demonio.

Y si alguien llegó a pensarlo debido a la naturaleza antinatural del parto, tal vez estuviera en lo cierto. Quizá estaba previsto y escrito que durante aquella espantosa tormenta, en aquella oscura habitación, en aquel mal día, naciera un incubo, súcubo o criatura similar de infernal procedencia.

Así llegué al mundo, yo nací en mala luna una noche sin luna, accedí al mundo por la puerta de atrás, desde el ascensor de servicio, en la incierta hora de la injusticia, entre pobreza y tinieblas, pero nací con la determinación, con el destino, con la misión de crear mi propia vida, de recibir de la Luna el secreto que me permitiera vivir la vida que yo quisiera vivir y finalmente después de haberla vivido, tener la certeza de morir en buena luna.

Ahora..., hoy, todo es diferente, ha llovido mucho desde que nací, casi tanto como el día en que contra la voluntad de todos, anticipándome a los plazos establecidos por la madre Naturaleza, adelantándome al tiempo y al destino, vine al mundo. No era entonces cuando debí haber nacido, no era ayer, sino mañana. No era yo quien debió haber nacido, era algún otro ser con otro destino distinto.

Ahora..., hoy, tras el paso de algunos años, me despierto a mediodía, empiezo a trabajar a media tarde y no me acuesto

hasta ya avanzada la madrugada, porque me gusta divertirme por las noches, todas las noches, a la luz de la Luna.

Ahora..., hoy, con el paso del tiempo, vivo en una casa de ensueño, dirijo una empresa próspera, dispongo de vacaciones de lujo, disfruto de la vida que siempre deseé, nada, absolutamente nada me falta y lo que me falta lo busco en mi universo y cuando lo encuentro, sin más preámbulo, lo cojo.

He leído millones de libros, he editado los libros que me pareció oportuno, doy conferencias sobre los secretos de la Luna, solo me resta un deseo por cumplir: escribir una novela, escribir mi vida, describir mi muerte, escribir mi obra magistral y publicarla.

Una noche, no hace muchas lunas, deambulando por caminos inextricables bajo la luz cenital de una luna que ya declinaba, tomé la decisión de escribir una novela, solo una, precisamente esta que tienes en tus manos, una obra póstuma de un éxito fulgurante como sé que lo tendrá cuando se publique. Solo me falta el colofón, poner la guinda al pastel, escribir la historia de mi vida según suceda, conforme vaya aconteciendo, y en ella, en mi magnífica obra biográfica, curar mi incurable locura para siempre y narrar mi fallecimiento, incluso, quizá, terminar de escribir la novela ya desde el otro mundo, desde la eternidad en la cual, aunque acceda también por la puerta de atrás, triunfaré de igual modo que en esta existencia y desde allí, desde el más allá, podré afirmar sin temblor en mis palabras, que mereció la pena todo lo vivido, cada beso, cada sueño, cada momento contigo..., o debería mejor decir, cada momento conmigo.

Ese es mi destino, el que yo voy a diseñar para mí: tras vivir feliz *luengos* años..., morir en buena luna.

Y volver a nacer en mi propia luna.

Resucitar en mi luna de mazapán.